

SEGUNDA PARTE.

EL IMPERIO.

I.

A mi pesar, he tenido hasta aquí que estenderme demasiado. Pero para que esta obra fuera un cuadro completo de la historia de la intervencion y del imperio, tenia que tocar los claros que en ella dejaba el autor francés, que retocar sus personajes, y delinear los sucesos olvidados en el calor de su defensa del mariscal Bazaine. Esto me ha obligado á ser algo estenso en la primera parte de mi opúsculo, puesto que comprendia una época enteramente descuidada por Kératry.

Mas al llegar á la segunda parte, es decir, al imperio, tengo que ser mas breve, porque no voy á hacer la crónica de esos años, sino á rectificar los errores cometidos por el conde breton, narrando tambien algunas veces los hechos que no mencionó su pluma, sin duda porque no afectaban al plan que la habia guiado.

Comprendo que esas rectificaciones son muy difíciles, porque no sé siempre cuál es la verdadera opinion de Kératry sobre los hechos que cuenta: por eso marcha en medio de contradicciones increíbles.

Unas veces supone que Maximiliano gobernó con toda su libertad de accion, para atribuir á él solo los errores de su administracion, y esculpar así de toda responsabilidad al gefe de la intervencion, á quien se ha acusado de gravitar con toda su influencia armada sobre los actos del soberano.

Otras veces, cuando se ha acusado á Bazaine de su poca concurrencia para salvar el imperio, su defensor se empeña en probar que la buena direccion del mariscal habia mantenido el trono que él mismo levantó para Maximiliano.

¿Cuándo, por fin, tiene razon Kératry?

Esa inconsecuencia tan notoria, es hija de la pasion que lo inspiraba. Si hubiera sido imparcial debia haber dicho, y entonces hubiera sido justo, que la influencia francesa fué tan perjudicial al imperio, como lo fué su abstencion; porque aquella se ejercia adonde no debiera, y porque esta se efectuó cuando tenia el carácter de una deslealtad.

Por otra parte, cada lector, sin que necesite mi anotacion, irá rectificando á su vez, conforme á su manera de pensar ó de sentir, y yo habré cumplido con dar la poca luz que ha estado á mi alcance.

Disipado el humo del cañon y de los fuegos artificiales con que se habia saludado el advenimiento al trono, marchitas las flores que se habian arrojado á los piés del emperador, reducidos á su prosáico armazon los arcos de triunfo que se levantaron en honor suyo, Maximiliano vió que estaba solo en la escena, y aislado en medio de aquella multitud.

Y sin embargo, Kératry dice que á su llegada se habia

formado un partido imperialista, sincero y lleno de entusiasmo.

Kératry se equivoca.

Cuando este escritor pinta la calma que por un momento reinó en México, creyendo que era su hora inesperada de salvacion, comete un error de apreciacion.

Esa calma era ficticia: los dos adversarios, los dos partidos que hace medio siglo luchaban con la república, descansaban un momento para tomar aliento y continuar de nuevo el combate.

Pero Maximiliano no tenia aun un partido suyo al lado.

Y esto es muy fácil de esplicarse.

El partido conservador que habia comprendido por la actitud del soberano y por las indiscreciones de sus consejeros, que el emperador no seria un Zuloaga segundo, el partido conservador que veia la influencia francesa sosteniendo las leyes de reforma de Juarez, comenzó á temer por el futuro y á retraerse en su adhesion al nuevo orden de cosas: cada dia contaba Maximiliano menos con él.

El partido liberal, el verdadero partido liberal exaltado, era enteramente hostil al imperio, y jamás se ligaria á él, porque no podia ni debia abdicar de la legalidad del título republicano ni de sus esperanzas de que se restauraria la República.

Solo quedaba el partido moderado. Allí fué á buscar sus hombres Maximiliano, y á muchos llevó á su lado. Este fué su error primero.

Si el partido conservador le habia regalado un imperio, debia constituir su gobierno con los hombres que le pertenecian, y no creárselos enemigos por ir á buscar amigos dudosos en el bando que tanto lo atacaba.

Además, que esa política fusionista no era nueva en el país, ya habia producido la desgracia de los gobiernos que la habian ensayado: esa leccion debió servirle.

Si á la ilustracion de Maximiliano pugnaba la aceptacion de los principios retrógados, al momento en que se sentaba en el trono, debió comprender lo absurdo de su obra.

Pero desgraciadamente los vástagos de las dinastías no han llegado á convencerse de que la monarquía constitucional y progresista, es un absurdo irrealizable, sobre todo en el suelo democrático de América.

Sea lo que fuere, Maximiliano siguió adelante su plan, forzoso por otra parte, fuerza es confesarlo, porque tenia á la vez que plegarse á la política francesa. Pero esta es la consecuencia forzosa de quien se empeña en un mal camino.

Durante los tres primeros meses, el emperador de México permaneció en una inercia sorprendente. Ninguna disposicion, ninguna ley emanaba de su voluntad soberana, y esto sorprendia á todos los que veian aquella quietud, cuando todos los ramos de la administracion exigian un remedio á los males de que adolecia.

Maximiliano se limitaba á organizar su casa, á nombrar consejeros, chambelanes, damas de honor, caballeros de Guadalupe, caballerizos, y lacayos de varias categorías.

Y veía con los brazos cruzados que el país marchaba bajo el impulso que le habian dado los dos gefes franceses.

La administracion política era muy sencilla, porque marchaba sin ley normal y segun disponia el ministerio.

La administracion de justicia tenia por principal resorte las terribles cortes marciales tales como las habia organizado Forey, y las cuales daban su sentencia poniéndose sus vocales en pié, descubriéndose la cabeza y fallando en nombre de S. M. Napoleon III, que deseaba salud á todos los presentes.

La administracion militar la tenia Bazaine á su cargo.

Maximiliano comprendió entonces que era un soberano inútil por entonces, y dispuso viajar por el interior del país.

La idea era buena.

Así se creeria en México que el emperador deseaba conocerlo y apreciar á sus hombres antes de proceder á la obra de su regeneracion.

Y en Europa, cuando se supiera que el soberano recorria su reino tan fácilmente y sin hallar tropiezos, se formaria la confianza de que México estaba definitivamente pacificado y esto facilitaria la consumacion del empréstito francés abierto en Paris, con cuya especulacion contaba el trono para nutrir algo su arruinado tesoro.

El dia 13 de Agosto de 1864 salió Maximiliano para Querétaro.

¿Por qué no aguardó dos dias mas para honrar con su presencia las fiestas que se hacian el dia 15 en honor del santo de Napoleon III?

La division entre la Francia y el imperio era muy temprana.

El 17 del mismo mes llegó á Querétaro.

Sin embargo, en ese viage comenzó el emperador á tomar medidas para cambiar el elemento conservador que habia erigido la regencia en el país entero.

En Querétaro, y lo mismo hizo en casi todas las ciudades que tocó, cambió todo el personal de la administracion reemplazándola con hombres menos intolerantes y reaccionarios.

Allí tuvo tambien la primera colicion con el clero mexicano.

Sorprendido de no encontrar en su diócesis al obispo Gárate, mandó que su secretario Iglesias lo invitase á venir, por conducto del ministro Velazquez de Leon, en un telégrama del 17 de Agosto de 1864.

El mismo dia avisó el ministro de Estado que Gárate no queria ir porque el edificio que se le señaló para palacio episcopal no estaba habitable, y no era decoroso que fuese

á una casa como huésped: decia, ademas, su Illma., que la estacion de aguas no era conveniente para ponerse en camino con su numerosa familia.

Maximiliano no comprendió cómo el Cristo, el Hijo de Dios habia nacido en un pesebre, y su apóstol, el obispo, solo encontraba digno de alojar su persona y á su numerosa familia un palacio: se irritó el emperador; pero en ese primer ensayo de su régia impotencia tuvo que limitarse á amenazar al obispo con participar lo ocurrido al papa.

Ademas fué personalmente á algunos pueblos de la Sierra á hacer bautizar á personas de veinticinco años, que no habian recibido aún este y otros sacramentos. Para tener un emperador que se encargara de ser el vicario oficioso y lego de los obispos que no cumplieran con sus deberes, no valia la pena de que la Francia hubiera gastado su oro, y de que esta nacion y México derramaran la sangre de sus pueblos.

Y sin embargo, el obispo era el que tenia razon: los protectorados reales sobre la Iglesia, los recursos de fuerzas, la vigilancia á lo Floridablanca, todo habia concluido: solo queda de hecho, aunque Roma lo niegue aún, la independencia de la Iglesia y el Estado: aquella en su órbita, es, pues, soberana, y en su disciplina interior solo pueden decidir sus prelados. La república habia sido mas lógica en proclamar esa segregacion.

Pasado este negocio, y otras pequeñas contrariedades que tuvo Maximiliano con las autoridades reaccionarias que encontraba á su paso, continuó su viage para el Interior del país.

Durante ese viage fué cayendo poco á poco el velo con que los hombres de la intervencion habian cegado al archiduque, para obligarlo á aceptar la corona. El soberano cada dia comprendia mas, que el imperio era enteramente impopular; que las actas de adhesion y la universalidad de

la proclamacion eran una farsa muy torpemente urdida por la intervencion y los intervencionistas.

El menor ensayo le bastó para persuadirse de ello: por ejemplo, lo siguiente.

Disgustado Maximiliano con las personas que la Regencia habia colocado en los puestos por sus opiniones reaccionarias, en cada poblacion llamó á los liberales que en ella habia para ofrecerles los empleos.

Y en todos, con muy pequeñas escepciones, se encontró el ánimo firme de no servir al imperio. Convites, seducciones, engaños, todo se puso en juego inútilmente. El mismo retraimiento observó en los habitantes mas estraños á las conmociones políticas: hasta los indiferentes le volvian la espalda.

La desilucion de Maximiliano fué completa.

Y en esto no supongo sino que infiero, siguiendo los preceptos mas severos de una buena lógica.

Segun ella, no concibo que los hombres que rodeaban á Maximiliano hayan podido mantener á este en el engaño con que lo sorprendieron durante algun tiempo. La verdadera situacion debió conocerla muy pronto el archiduque, porque con su recto juicio y con la inteligencia tan rica de que estaba dotado, sabia apreciar perfectamente á los hombres y á las cosas. Ademas, que esto esplica el apresuramiento con que alejó de su lado á los partidarios de la intervencion, á los mismos que tanto habian cooperado á elevarlo. Las notas secretas que existen en el archivo de Maximiliano, y en las cuales, por orden alfabético, están juzgados los intervencionistas, prueban que el imperio no podia estimarlos al retratarlos con colores tan sombríos.

Algunas de esas notas escritas por el mismo Eloin, son la biografía mas terrible y denigrante de algunos de los personajes del imperio.

En ese viage acabó sin duda Maximiliano de resolverse á adoptar una política liberal.

Maximiliano tenia una alma templada para los grandes heroismos, pero no para las grandes resoluciones.

Su primera impresion siempre era mala, y mas tarde, cuando la reflexion surgía, se veia precisado á modificarla. Esto esplica los graves errores que cometió durante su reinado, y la incontestable acusacion de inconsecuencia que han hecho á su carácter.

Voy á decir qué me ha inspirado esta semblanza.

En Setiembre de 1864 estaba el emperador en el pequeño pueblo de Dolores, lugar adonde se proclamó por vez primera en 1810 la independendencia de México.

No sé si el recuerdo glorioso de que está impregnado aquel sitio, ó el deseo de conciliarse las simpatías del pueblo mexicano, inspiró á Maximiliano la desgraciada idea de pronunciar un discurso patriótico á las once de la noche del dia 15 de Setiembre en el balcon de la casa del cura Hidalgo.

En esa alocucion hablaba el emperador de *nuestra patria*, de *nuestra águila*, de *nuestra bandera*, y de *nuestra independendencia*. Las primeras frases eran venales, la última era terriblemente inoportuna. No habia, al usar ese idioma, el valor de la situacion; un emperador extranjero, apoyado por bayonetas extranjeras, no puede hablar de independendencia á la raza subyugada, sin caer en una sangrienta inconsecuencia.

Y tan es esto cierto, que ese discurso hizo un eco fatal en la nacion. Los conservadores, á quienes la revolucion contra la metrópoli nunca ha sido muy de su agrado, al ver proclamada esa independendencia que habian entregado á la Francia, inculparon á Maximiliano, en su despecho, que de su rango de soberano descendiese á hacer el papel de orador de club popular. Los liberales no aceptaron las pala-

bras del archiduque, sino como un insultante sarcasmo, y como una farsa ridícula.

Ambos eran injustos en su aseveracion. Lo cierto era que Maximiliano cometia un error político, arrastrado, como siempre, por el entusiasmo que debe haber levantado en su ánimo el recuerdo de la accion heroica del anciano párroco.

En los dos años siguientes de 65 y 66, repitió la misma falta.

Pasadas las festividades nacionales, Maximiliano dispuso tornar á México, trazando el derrotero de su viage por Michoacan.

Apenas habia vuelto á México, cuando el mariscal Bazaine le pintó, en un informe fechado el dia 3 de Noviembre de 1864, la angustiosa situacion que guardaba el país.

Segun el general en gefe, el tesoro público estaba arruinado, el clero era inmoral además de hostil al nuevo orden de cosas, y las autoridades imperiales ineptas y corrompidas.

Maximiliano sintió un nuevo desaliento al ver su impotencia, y llamó á un ministerio enteramente liberal.

Pero antes de recorrer esa vía de desengaños y defecciones que cruzó Maximiliano durante su reinado efímero, voy á tornar á la República: no quiero seguir el ejemplo de los ingratos que olvidan á los que están en desgracia.

El cuartel general francés guardó siempre, como regla invariable de conducta, la táctica infame de callar siempre las derrotas que sufrieron algunas de sus columnas. Querria poder decir, cuando saliera del país, que la bandera francesa jamás habia retrocedido frente á sus enemigos.

Y sin embargo, el cuartel general francés mentia: aunque en virtud de su ocultacion ningun documento de los suyos